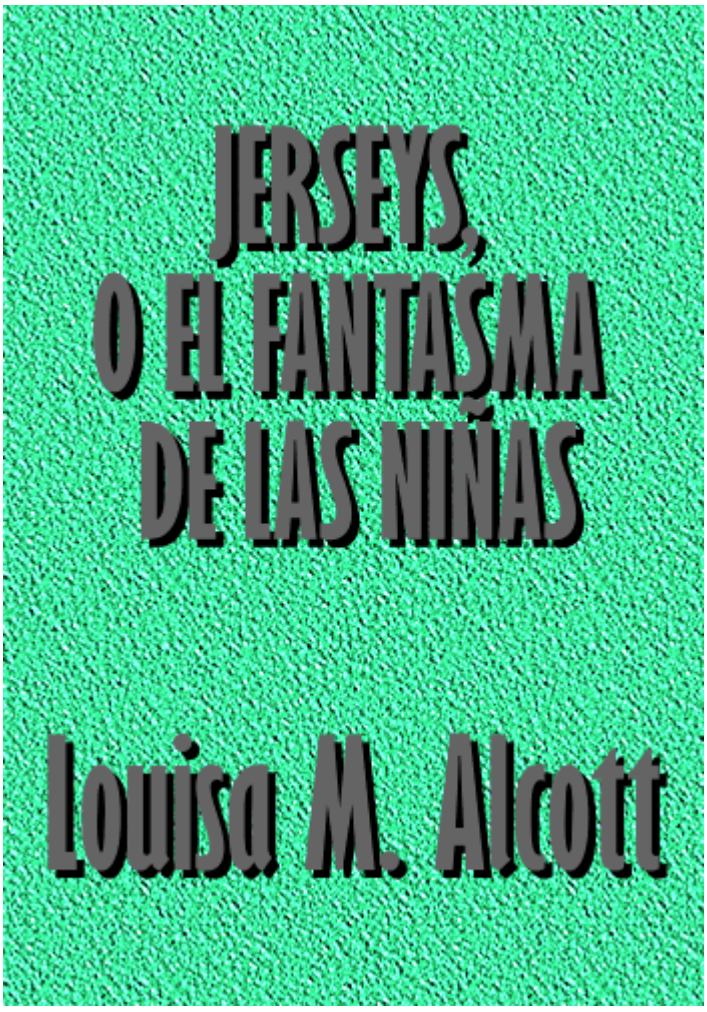
LIBRO dot.com

JERSEYS, O EL FANTASMA DE LAS NIÑAS

Louisa M. Alcott



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

-Bueno, ¿qué opinan de ella? Hace apenas un día que está aquí, pero nosotras no tardamos tanto para decidirnos --dijo Nelly Blake, el ídolo de la escuela, una fría mañana de noviembre,

cuando un grupo de niñas parloteaba alrededor de la estufa.

-A mí me gusta ... Parece tan fresca y agradable, y tan fuerte...

-Me temo que sea muy enérgica, y yo detesto que me den prisa -suspiró la regordeta Cordelia, reclinada en un canapé.

-Sé que lo es... Biddy contó que esta mañana, a las seis, pidió un cubo de agua fría, y ahora está caminando afuera... ¡Díganme si no es horrible! -exclamó Kitty, estremeciéndose.

-Me preguntó cómo se cuidará el cutis... Jamás vi tan hermoso color... Parecen. rosas y crema -declaró Julia, cerrando un ojo para contemplarse, con melancólico ceño, las pecas de la nariz.

-Yo ansiaba preguntarle qué clase de faja usa para andar tan erguida... En algún momento lo haré, pues no parece desdeñosa.

Y Sally trató, vanamente, de erguir sus propios hombros redondos, encorvados por tanto inclinarse sobre los libros, pues era la mejor alumna de la escuela.

-Se pone corsés franceses, por supuesto... No hay otra cosa que dé tan buena silueta -aseguró Maud, mientras se quitaba la chalina para contemplar con orgullo su propia cintura de avispa y espalda erguida.

-Si llevara puesto un chaleco de fuerza, como tú, no podría andar con tanta gracia y comodidad... No es una esclava de la moda, sino una mujer espléndida, natural, animosa y cordial. Pienso que si ella me sostuviera, yo no andaría tan encorvada -declaró Sally entusiasta.

-Una cosa sé, chicas, y es que ella sabe llevar puesto un jersey con elegancia, y en cambió, nosotras no -declaró Kitty, mientras forcejeaba con el suyo, que se arrugaba y torcía pese a los muchos alfileres ocultos.

-Sí, yo lo estuve mirando durante el desayunó y olvidé mi segunda taza de café, por eso me duele tanto la cabeza. Nunca vi nada que quedara tan bien -manifestó Nelly, mirando el espejo que reflejaba una gran variedad de jerseys multicolores, pues todas llevaban puestos sus trajes de otoño, y ninguna de las nuevas chaquetas quedaba tan bien como la de la señorita Orne, la maestra llegada para ocupar el puesto de Madame mientras la excelente anciana se reponía de una fiebre reumática.

-Son lindos y convenientes, pero temo que para algunas de nosotras, resulten una molestia... Maud y Nelly son quienes mejor lucen, pero si no se mantienen tiesas y quietas, aparecen las arrugas. Kit no tiene paz con el suyo, y la pobre Cordy se parece más que nunca a una bolsa de harina, mientras yo soy un espectáculo perfecto, con estos hombros redondos y brazos largos y flacos. Se me podría describir de esta manera "Un jersey sobre una pértiga", pero... estar a la moda, ó morir -rió Sally, exagerando sus propios defectos al estirar el cuello y pestañear detrás dé sus anteojos de manera cómica.

Tras una risa, hubo una pausa, rota un momento más tarde por Maud, quien dijo con aprensión:

-Esperó que la señorita Orne no sostenga las nuevas ideas acerca de ropas, alimentos, ejercicio, derechos y demás tonterías. Mamá detesta estas ideas, y lo mismo yo.

-Yo esperó que sí tenga ideas buenas y sensatas acerca de la salud, el trabajó y el estudió. Es precisamente lo que nos hace falta en esta escuela. Madame es anciana, de modo que deja pasar cosas, y las otras maestras sólo se preocupan por pasar el tiempo lo mejor posible. Deberíamos ser mucho mejores, más animosas y sabias de lo que somos, y yo estoy dispuesta para recibir una buena sacudida, si alguien quiere propinárnosla -declaró Sally, una muchacha muy

independiente, que había leído y estudiado mucho.

-Ustedes, las de Massachusetts, se la pasan desvariando acerca de la auto-cultura, y están dispuestas para toda clase de extravagancias nuevas... Yo estoy satisfecha con las antiguas y lo único que deseo es que me dejen tranquila -objetó Nelly, la linda neoyorquina.

-Pues yo estoy de acuerdo con Sally y quiero aprender aquí todo lo posible en lo relativo a salud, enseñanza y buena educación; y me alegro mucho de que haya llegado la señorita Orne, pues los modales anticuados y gazmoños de Madame me enfurecían. La señorita Orne se parece más a nuestra gente del Oeste: animosa, fuerte y lista -dijo Julia con una decidida sacudida de su cabellera castaño rojiza.

-¡Allí viene! Y viene corriendo, chicas; trotando por la avenida... no como una gallina, sino como un muchacho... con los codos bajos y la cabeza alta. ¡Vengan, vengan a ver ! -clamó Kitty, bailoteando ante la ventana como si anhelara ir a imitarla.

Todas acudieron a tiempo para ver a una alta joven que llegaba a la carrera, lozana y vivaz como la diosa de la salud, y que les sonrió y saludó de manera tan juvenil, que todas le devolvieron el saludo con idéntica cordialidad.

-Da renovado interés a nuestra rutina, ¿no les parece? -inquirió Nelly, al distribuirse cada una en su sitio cuando dieron las nueve, insólitamente ansiosas de presentarse bien ante la maestra nueva.

Mientras se acomodan los jerseys y sacan sus libros, explicaremos brevemente que durante muchos años el selecto internado de Madame Stein había recibido seis muchachas por vez, a quienes educaba al estilo antiguo. Francés, alemán, música, pintura, baile y comportamiento en cantidad, producían jovencitas bien educadas, cultas y amables, listas para la sociedad de buen tono, vida fácil, y dependencia completa con respecto a otras personas. Por lo general, eran muchachas frágiles y delicadas, pues como en la mayoría de las escuelas de esta clase, se cultivaban mucho las mentes y los modales, pero se descuidaban los cuerpos. Jaquecas, dispepsia y toda clase de malestares aquejaban a las pobres niñas, que no deberían haber sabido siquiera lo que significaba la palabra "nervios", y que en sus armarios no debían guardar frascos que contenían vino con hierro, jarabes para la tos, gotas calmantes ni aceite de hígado de bacalao para los pulmones débiles. En un tiempo floreció la gimnasia, pero la moda pasó, de manera que un breve paseo diario era todo su ejercicio, pese a que podían haberse divertido muchísimo en la antigua cochera y en la bolera durante los días lluviosos, y paseado en grande por las afueras, puesto que la casa estaba situada en los suburbios y había sido una hermosa mansión. De vez en cuando, algunas de las muchachas más emprendedoras corrían por la avenida durante las ausencias de Madame, y una de ellas, incontenible, había llegado a deslizarse por la amplia balaustrada, para horror de todas las presentes.

En los días fríos, todas se amodorraban y se acurrucaban bajo frazadas y alrededor de las estufas como si fueran mininos en busca del calor, pues el reumatismo de Madame le hacía preferir una temperatura de invernadero y alentar tales costumbres en sus pupilas. Ahora se había visto obligada a abandonar por entero su tarea y guardar cama, diciendo, con la resignación dictada por su naturaleza indolente.

-Si Anna Orne se hace cargo de la escuela, no experimentaré ansiedad alguna. Ella es capaz de cualquier cosa.

Y así lo parecía al entrar en la sala de clase, dispuesta a trabajar, con los pulmones llenos de aire puro, el cerebro estimulado por el buen dormir, un ejercicio saludable, un desayuno sencillo, y una mente muy interesada en la tarea que la esperaba. Cuando ocupó su sitio, las niñas la siguieron con las miradas involuntariamente atraídas por el insólito espectáculo de una mujer,

.robusta. Todo en ella parecía tan fresco, armonioso y feliz, que era un placer contemplar el vivo color de sus mejillas, los densos rizos que adornaban su cabeza fogosa, el brillo de sus dientes blancos al hablar, y la mirada despejada y luminosa de sus ojos, tan perspicaces como bondadosos. Pero las miradas más admiradas se fijaban en el jersey azul oscuro, que revelaba las curvas perfectas de sus anchos hombros, su cintura redonda y sus brazos rollizos, sin una arruga que afeara su lisa perfección.

Las jóvenes no tardan en advertir lo que es genuino, respetar lo que es fuerte y amar lo que es hermoso. Por eso, antes de que transcurriera aquel día, la señorita Orne las tenía encantadas a todas, pues pensaban que sería capaz, no sólo de enseñarles sino también de ayudarlas y entretenerlas.

Después que las demás maestras volvieron a sus habitaciones, satisfechas al alejarse del parloteo de media docena de lenguas vivaces, la señorita Orne permaneció en la sala; hizo que las muchachas bailaran hasta cansarse, luego las reunió alrededor de la mesa larga, para que hicieran lo que desearan hasta la hora de la oración. Algunas leyeron novelas; otras hicieron labores o descansaron, y todas se preguntaron qué haría después la maestra nueva.

Seis pares de ojos curiosos se fijaron en ella, que cosía unos extraños pedazos de lienzo, y seis imaginaciones, despiertas intentaron, en vano, adivinar qué eran esos objetos, pues ninguna se atrevía a preguntárselo. Poco después, ella se probaba unos mitones y los contemplaba con satisfacción, diciendo al advertir que Kitty la miraba con interés imposible de dominar

-Estos son mis embellecedores; nunca quiero pasarme sin ellos.

-¿Son para mantener blancas sus manos? -inquirió Maud, quien empleaba mucho tiempo en cuidar las suyas-. Yo me pongo guantes viejos de cabritilla, por la noche, después de pasarme crema.

-Yo me pongo estos durante cinco minutos, por la mañana y por la noche, para frotarme bien después de mojarlos con agua fría. Gracias a estos ásperos amigos, rara vez siento frío. Además, obtengo un buen color y me mantengo bien -replicó la maestra, mientras se lustraba las mejillas hasta dejarlas como manzanas.

-El color me gustaría, pero el lienzo no... ¿ Es necesario que sea tan áspero, y con agua fría? -preguntó Maud, quien, en privado, solía frotarse la cara pálida con un trocito de franela roja, ya que el colorete estaba prohibido, salvo para las representaciones.

-Esta forma es la mejor, pero existen otras para obtener color... Corre por la avenida tres o cuatro veces por día, no comas confituras y acuéstate temprano -aconsejó la señorita Orne, que había advertido las debilidades de las jóvenes, y que ansiaba ayudarlas enseguida.

-Correr me hace doler la espalda, y Madame dice que ya somos demasiado crecidas.

-Nunca es demasiado tarde para cuidar de la propia salud, hijas mías. Es preferible correr ahora, a estar luego tendida en un sofá, con un dolor en la espalda que nunca termina.

-¿Cura así sus jaquecas? -inquirió Nelly, frotándose la frente.

-Nunca las sufro -declaró la señorita Orne, con una mirada colmada de compasión por todos los dolores.

-¿Qué hace para evitarlas? -exclamó Nelly, que estaba convencida de que eran inevitables.

-Proporciono a mi cerebro mucho deseanso, aire y buenos alimentos. Jamás me entero de que tengo nervios, salvo por el gozo que me dan, pues he aprendido a utilizarlos. No me criaron para que me supusiera inválida, y me enseñaron a comprender la hermosa maquinaria que Dios me ha dado, y a mantenerla religiosamente en condiciones.

Con tanta seriedad hablaba la señorita Orne, que hubo una pausa, en cuyo transcurso las niñas desearon que alguien les hubiera enseñado está lección, haciéndolas tan vigorosas y encan-

tadoras como su nueva maestra.

-Si los mitones de lienzo pueden lograr que el jersey me quede como a usted, me haré un par enseguida -manifestó Cordy, contemplando con tristeza los botones del suyo, que parecían en peligro de saltar si su rolliza dueña se movía con demasiada celeridad.

-Lo que les hace falta es más ejercicio, y menos comer confituras, dormir y haraganear en los sillones -comenzó la maestra, dispuesta a aconsejar a aquellas pobres niñas, cuya educación había sido descuidada en su parte más importante.

-Pero... ¿cómo lo supo? -exclamó Cordy, ruborizada, al tiempo que saltaba de su cómodo asiento y guardaba en el bolsillo el paquetito de bombones que nunca le faltaban.

Sus ojos redondos y su ingenua sorpresa hicieron reír a las demás y dieron valor a Sally para pedir en ese mismo instante lo que deseaba.

-Señorita Orne, ojalá nos enseñe a ser vigorosas y saludables, pues opino que hoy en día, las muchachas somos muy debiluchas. Nos hacía falta movimiento, y espero que usted tenga la bondad de dárnoslo. Por favor, comience conmigo, así las demás verán que hablo en serio.

La señorita Orne observó a esa muchacha alta, demasiado crecida, de frente ancha, ojos miopes y pecho estrecho. Físicamente, no tenía el aspecto que debía tener una joven de diecisiete años, aunque su rostro y su voz revelaban claridad mental y valor de espíritu.

-Con mucho gusto haré cuanto pueda por ti, hija mía. Es muy sencillo, y estoy segura de que unos cuantos meses de entrenamiento como el mío te ayudarán mucho, pues deberías tener un cuerpo vigoroso para acompañar a tu mente activa -repuso la maestra mientras apretaba amistosamente los dedos flacos y entintados de Sally, para demostrarle su buena voluntad.

-Madame dice que el ejercicio violento no es bueno para las muchachas; por eso abandonamos hace tiempo la gimnasia -declaró Maud con su voz lánguida, deseando que Sally no sugiriera cosas tan desagradables.

-No hacen falta clavas ni barras para esta clase de ejercicio. Os lo mostraré...

Y poniéndose de pie, la maestra efectuó una serie de movimientos enérgicos, aunque gráciles, que ponían en juego todos los músculos sin esfuerzo excesivo.

-Eso parece bastante fácil -comentó Nelly.

-Pruébenlo -sugirió la señorita Orne, con una chispa de burla en los ojos azules.

Y ellas probaron... para enorme asombro de los solemnes retratos de la pared, no habituados a ver tales cabriolas en tan digno ámbito. Pero algunas de las muchachas quedaron sin aliento en cinco minutos; otras no "podían levantar los brazos por sobre las cabezas; Maud y Nelly rompieron varias tiras de sus corsés al intentar inclinarse, y Kitty rodó en su esfuerzo por tocarse las puntas de -los pies sin doblar las rodillas. Sally fue quien mejor salió del paso, pues era de miembros largos, tenía puestas ropas cómodas y estaba llena de entusiasmo.

-Bastante bien, para ser principiantes -declaró la señorita Orne, cuando al fin se detuvieron, ruborizadas y alegres-. Háganlo todos los días con regularidad, y pronto ensancharán el pecho y llenarán los jerseys nuevos con cuerpos firmes y elásticos.

-Como el suyo -agregó Sally, con el rostro lleno de una admiración tan sincera, que no podía ofender.

Al ver que acababa de lograr una adepta, y sabedora de que las muchachas, como las ovejas, siguen sin falta a quien las encabeza, la señorita Orne no dijo nada más, sino que esperó a que la levadura surtiera efecto. Las demás, aunque consideraron que aquélla era una de las ideas de Sally, estaban interesadas en ver cómo le iba y se divirtieron en grande, cuando se fueron a la cama, presenciando sus fieles esfuerzos por imitar los movimientos rápidos y efectivos de su maestra.

-¡Miren el molino! -exclamó Kitty, cuando todas, sentadas en la cama, se reían del balanceo de los largos brazos.

-Ese es el higiénico ejercicio del codo, y ese otro el Paso Acelerado Orne, mezcla de brinco del saltamontes y el resbalón de la chinche de agua -agregó Julia, tarareando a compás del movimiento del pie de su amiga.

-Esta se llamará la gimnasia del Jersey, y escribiremos la primera palabra con gota, queridas -declaró Nelly, y el nombre fue recibido con todo el aplauso que las jovencitas se atrevían a ofrecer a esa hora.

-Rían no más, pero ya verán cómo todas siguen mi ejemplo, tarde o temprano, cuando yo me convierta en un modelo de gracia, vigor y belleza -replicó Sally, mientras se dirigía a su cama recorrida por un delicioso bienestar que, desde su cabeza caliente, iba a entibiar sus pies fríos y le traía el sueño sano y reanimador que tanta falta le hacía.

Este fue el principio de un nuevo orden de cosas, pues la señorita Orne aportaba su energía a otros asuntos, aparte de la gimnasia, y nadie se atrevió a oponerse a ella cuando Madame hizo oídos sordos a todas las quejas, diciendo:

-Obedézcanla en todo y no me molesten.

En lugar del té y del café, aparecieron jarros de leche fresca; rara vez se veían tortas y pasteles, sino pan del mejor, budines sencillos y fruta en cantidad.

Las habitaciones fueron ventiladas, las camas de pluma enviadas al desván y abolidas las cortinas gruesas. Irrumpieron el sol y el aire, y por la mañana, grandes vasijas llenas de agua aparecieron sugestivamente junto a las puertas. Se adelantó el horario, y casi todas las muchachas salían de caminata, pues la maestra preparaba el cebo con habilidad, y siempre tenía algún proyecto agradable para hacer invitadoras tales expediciones. Al anochecer hubo juegos en la sala, en lugar de novelas y labores; hubo lecciones más breves, y más largas conversaciones acerca de los muchos temas útiles que se aprenden mejor de labios de un verdadero maestro. Dio comienzo una clase de cocina, no para preparar platos fantasiosos, sino otros sencillos y sustanciales, que toda ama de casa debía conocer. Varias de las niñas barrían sus habitaciones de buena gana, después de haber visto cómo la señorita Orne barría la suya con un elegante gorro contra el polvo, y estas mismas pioneras, encabezadas por Sally, patinaron audazmente en la colina, manipularon clavas en la cochera, y jugaron en la bolera los días lluviosos.

El obrar tan necesarios cambios llevó tiempo, pero a la juventud le agrada la novedad; la antigua rutina habíase vuelto fatigosa, y la señorita Orne presentaba todo de manera tan agradable que resultaba imposible resistir a sus deseos. Sally comenzó a erguirse, en efecto, tras un mes o dos de ejercicios regulares; Maud se libró de los corsés y del dolor de espalda ; Nelly obtuvo una tez fresca; Kitty descubrió que en sus brazos flacos se desarrollaban músculos visibles, y Julia se consideró una verdadera campeona de caminatas, después de recorrer diez kilómetros sin fatigarse.

Pero la gordita Cordy fue la más exitosa de todas, y se regocijó en grande por haber rebajado unos cuantos kilos una vez que dejó de comer en exceso y abandonó sus siestas prolongadas y sus costumbres perezosas. Para ella, el ejercicio se convirtió en una especie de manía. Se lo pasaba saliendo a caminar o trotando por los pasillos cuando el mal tiempo le impedía dar su paseo diario. Ansiaba con el alma adelgazar, y tanto era su ardor, que la señorita Orne tenía que contenerla a veces, por temor de que se excediera. Decía:

-Todo esto resulta ahora fácil y agradable, porque es nuevo, y no hay nadie que critique nuestros métodos sencillos y sensatos, pero temo que cuando me marche, ustedes destruyan el bien que traté de hacerles. La gente se burlará de ustedes, la moda. las condenará, y los placeres

frívolos harán que los nuestros parezcan arduos. ¿Podrán ser firmes y seguir adelante?

-¡Lo haremos ! -exclamaron todas, pero las mayores demostraron cierta ansiedad al pensar en volver a casa para imponer solas los nuevos métodos.

La señorita Orne sacudió la cabeza, deseando con seriedad poder enseñarles la importante lección de manera indeleble. Pronto ocurrió algo que obró dicho efecto.

Llegó abril, y crecieron campanillas y azafranes en los carteros del jardín. Madame pudo sentarse junto a su ventana, como un lirón que despierta de su sueño invernal, y mucho le extrañaron las caras sonrosadas que le sonreían al saludarla, los pasos vivaces que se oían por toda la casa, y el asombroso espectáculo de sus damitas correteando por el prado como si les gustara. Nadie supo cómo la reconcilió la señorita Orne con tan nuevo estilo de comportamiento, pero el caso es que no se quejó; se limitó a sacudir su imponente cofia cuando las niñas llegaban, radiantes, a visitarla y conversar muy contentas acerca de sus asuntos. Ahora parecían interesarse de veras por sus estudios y ser muy felices, y todas tenían tan buen aspecto, que la sabia anciana se dijo: "Para las mujeres, la apariencia es todo, y yo nunca pude presentar un ramillete de flores como el de este año... Ya que todo anda bien, lo dejaré así, y si hay algún error, la querida Anna es bastante fuerte como para cargar con él".

Todo se hallaba en tan promisorio estado, y todas se preparaban con afán para la fiesta de Mayo, durante la cual se graduarían las muchachas de esa clase, cuando tuvieron lugar los misteriosos sucesos a que hicimos referencia.

Una noche estaban las jovencitas reunidas alrededor de la mesa, discutiendo, con el profundo interés que corresponde a tema tan importante, que se pondrían para el día del examen.

Nelly, tomando la iniciativa como de costumbre en cuestiones de gusto, declaró:

-Yo opino que los jerseys de seda blanca, con

faldas rosadas o azules, quedarían magníficos, tan bonitos y apropiados para el Club J. J., y tan útiles para nuestros ejercicios. La señorita Orne quiere que demostremos lo bien que actuamos juntas, y nosotras, por supuesto, deseamos complacerla.

-Por supuesto -gritaron las demás, con un entusiasmo que demostraba hasta qué punto la nueva amiga había conquistado sus corazones.

-Jamás habría creído que en seis meses, nuestra silueta y sentimientos podían experimentar semejante cambio -agregó Maud, contemplando su cintura con serena satisfacción, pese a que ya no era delgada, sino en perfecta proporción con el resto de su juvenil figura.

-Tuve que ensanchar todos los vestidos, y por suerte me voy a casa, porque si sigo así, ya no quedaría decente -declaró Julia, antes de aspirar profundamente, orgullosa de su pecho ancho, ampliado por el ejercicio y las ropas sueltas.

-Pues yo achico los míos y ya no tengo que preocuparme porque mis botones salten. Tan complacida estoy, que quisiera ejercitarme sin cesar, pues aún no he adelgazado lo suficiente ni mucho menos -dijo Cordy, al tiempo que trotaba alrededor de la pieza para no perder un momento.

-Ven, Sally debes unirte a la celebración, pues has obrado maravillas y no tardarás en quedar derecha como una estaca... ¿Por qué estás tan seria esta noche? ¿Es acaso porqué nuestra señorita Orne nos abandona para acompañar a Madame? -inquirió Nelly que, al echar de menos la voz más alegre de las seis, observó la cara preocupada de su amiga.

-Intento decidir si les diré algo o no... No quiero asustar a los criados, preocupar a Madame ni fastidiar a la señorita Orne, pues sé que ella no creería una palabra, pese a que lo vi con mis propios ojos -declaró Sally, in tono tan misterioso, que las jóvenes gritaron a una sola voz:

-¡Cuéntalo ahora mismo!

-Lo haré; puede que alguna de ustedes pueda explicar lo sucedido.

Al decir esto, Sally se puso de pie sobre la alfombra, con las manos a la espalda y un aspecto algo extraño, pues tenía el cabello despeinado, sus ojos brillaban tras sus anteojos redondos, y su voz descendió hasta un susurro al formular este asombroso anuncio

-¡He visto un fantasma!

Todas se estremecieron, y Cordy, con un leve grito, ocultó la cabeza bajo los cojines del sofá, mientras las demás se acercaban involuntariamente unas a otras.

-¡.Dónde? -inquirió Julia, la más valerosa de todas.

-Encima de la casa...

-¡Dios me valga !

-¿Cuándo, Salla?

-¿Cómo era?

-No nos atemorices para divertirte.

Así clamaron las niñas, sin decidirse a tomar en serio o en broma tan asombroso relato.

-Escuchen y les contaré todo -anunció Sally, mientras levantaba un dedo en actitud impresionante-. Anteanoche me quedé levantada estudiando hasta las once... Ya sé que eso va contra los reglamentos, pero lo olvidé. Al terminar, abrí la ventana para ventilar la pieza. Como brillaba la luna, di un paseo por lo alto de la galería, y al regresar, mirando hacia arriba, vi, como es natural, el tejado de la casa principal. No puedo haber estado dormida... Y sin embargo, declaro solemnemente haber visto una figura blanca, con un velo sobre la cabeza, que iba de un lado a otro tan silenciosa como una sombra. Miré y miré, luego la llamé en voz baja, pero no contestó nada y súbitamente desapareció.

-¿Y qué hiciste tú? -preguntó Cordy con voz apagada por el cojín que cubría su cabeza.

-Entré, tomé mi lámpara y subí a la cúpula... No había señales de nadie; todo estaba cerrado y el piso cubierto de polvo, porque ya no entramos más allí, como ustedes saben. Aunque aquello no me agradó, me dije: "Sally, vete a la cama; es una ilusión óptica y te la mereces por no tener en cuenta los reglamentos". Esa fue la primera vez...

-¡Dios del cielo! ¿Volviste a verlo? -exclamó Maud, asiéndose del fuerte brazo de Julia en busca de protección.

-Sí ... a medianoche, en la bolera -susurró Sally.

-Kit, haz el favor de cerrar la puerta y deja de sujetarme así, que me asustas -dijo Nelly, mirando nerviosamente por sobre su hombro.

-Anoche, cuando me levanté para cerrar la ventana, observé una luz en la bolera; una luz tenue, aunque bastaba para ver la misma silueta blanca que subía y bajaba, con el velo, como antes. Confieso que entonces me puse nerviosa, pues, como saben, existe una historia según la cual, en época antigua el hombre que vivía aquí no permitió que su hija se casara con su amado, de manera que ella languideció y murió diciendo que perseguiría a su cruel padre, y lo hizo. La anciana señora Foster me lo contó cuando llegué, pero Madame me pidió que no lo repitiera, por eso no lo hice nunca. No creo en fantasmas, pero ¿qué puede ser eso que merodea de manera tan ridícula?

Sally habló con nerviosidad y se mostró excitada, pues, a pesar de su valor y sentido común, estaba preocupada a causa de la aparición.

-¿Cuánto tiempo se quedó? -quiso saber Julia, abrazando a Maud, que estaba temblorosa y pálida.

-Según mi reloj, por lo menos quince minutos. Después desapareció con luz y todo, tan súbitamente como antes. Esa vez no fui en su busca, pero si lo vuelvo a ver, lo seguiré hasta

descubrir qué es. ¿Quién quiere ir conmigo?

Nadie se ofreció. Cordy se asomó el tiempo suficiente para implorar:

-Díselo a la señorita Orne, o avisa a la policía.

Dicho esto, volvió a ocultarse como un avestruz con la cabeza en la arena.

-¡No quiero ! La señorita Orne me creería tonta, y la policía no arresta fantasmas... Lo haré yo misma, y sé que Julia me ayudará. Es la más valerosa de ustedes y no por nada ha desarrollado sus músculos -sugirió Sally, decidida a que ambas se llevaran toda la gloria de la captura, si era posible.

Halagada por el cumplido, Julia no rechazó la invitación, pero formuló una sugerencia muy sensata, que fue un gran alivio para las temerosas hasta que Sally agregó una nueva fantasía para asustarlas.

-Quizás sea una de las criadas, que está enamorada... Myra es sentimental y se lo pasa cantando canciones románticas.

-No es Myra; cuando se lo pregunté, se puso pálida ante la mera idea de ir sola a ninguna parte después de oscurecer, y dijo que la cocinera había visto un espectro que se deslizaba por el Sendero de la Dama, una noche, cuando se levantó en busca de alcanfor porque le dolía la cara. No dije nada más, pues no quería asustarlas... La gente ignorante es muy supersticiosa.

Sally hizo una pausa, y sus amigas intentaron no mostrarse "asustadas" ni "supersticiosas" sin conseguirlo muy bien.

-¿Qué piensan hacer? -preguntó Nelly en tono respetuoso.

-Vigilar como gatos a un ratón, y atacar en cuanto sea posible... Prometan todas no decir nada, así no se reirán de nosotras si resulta ser alguna tontería, como es probable.

-Lo prometemos -replicaron las jóvenes, solemnes y muy impresionadas con la emoción del momento.

-Muy bien. Ahora, no hablen ni piensen en esto hasta que informemos, o nadie podrá pegar un ojo -previno Sally, al salir con su aliada tan tranquila como si después de haberlas asustado así, pudieran olvidar el asunto ante una mera orden.

El juramento de silencio fue cumplido, pero las lecciones sufrieron y también el sueño, pues la excitación era considerable, especialmente por la mañana, cuando las vigías informaron de los sucesos de la noche, y al anochecer, cuando se turnaron para montar guardia. Hubo mucho revuelo de camisones por el corredor, mientras las niñas se dirigían a formular preguntas, cada día temprano, o se escabullían hacia sus dormitorios, mirando atrás en busca del espectro.

La señorita Orne observó los susurros, gestos y confabulaciones, pero nada dijo, pues Madame le había confiado que las jovencitas le preparaban un regalo de despedida. Por eso se mantuvo ciega y sorda, y sonrió ante la actitud importante de sus juveniles admiradoras.

Así transcurrieron tres o cuatro días, sin que aparecieran señales del fantasma. Las más audaces se burlaban abiertamente de la falsa alarma, y las más timoratas comenzaron a recobrarse del susto.

Sally y Julia quedaban un poco tontas al contestar, una mañana tras otra : "Sin novedad", ante las preguntas que iban perdiendo con celeridad esa ansiedad que tanto las halagaba.

-Lo soñaste, Sally... Vete a dormir y no lo hagas más -dijo Nelly al quinto día. cuando visitó a sus amigas y las halló bostezando y malhumoradas por la falta de sueño.

-El exceso de ejercicio le produjo un estado morboso -rió Maud.

-Lo único que pediría es que no me asuste por nada -rezongó Cordy-. Antes dormía como un lirón, y ahora sueño espantosamente y me levanto fatigada. Vamos, Kit, deja que los fantasmas se lleven a estas niñas tontas.

-Saludos a la Mujer de Blanco... cuando la vean, querida -agregó Kitty, mientras las cuatro se alejaban para reírse, aunque cerraron con cuidado las puertas y miraron por la ventana antes de acostarse.

Julia, al echarse para dormir un poco antes de medianoche, sugirió:

-Tanto da que abandonemos esto y descansemos bien ... Yo estoy agotada, y tú también, aunque no lo admitas.

-Pues yo no cederé hasta quedar convencida... Duerme tú que yo leeré un rato y te llamaré si sucede algo -repuso Sally, decidida a probar la verdad de su relato aunque se viera obligada a esperar el verano entero.

Julia no tardó en dormirse, y la solitaria vigía se quedó leyendo hasta más de las once. Luego apagó la luz y fue a dar una vuelta por el techo plano de la galería que circundaba la casa, pues la noche era agradable con la compañía de las estrellas. Cuando se volvía dispuesta a regresar, su mirada aguda captó algo que se movía como antes en lo alto de la casa, y pronto apareció la figura blanca que iba de un lado a otro contra la suave penumbra del cielo.

Tras una prolongada mirada, Sally se precipitó sobre Julia y la sacudió con violencia, diciéndole en un susurro excitado:

-¡Ven! Aquí está... ¡Pronto! Subamos a la cúpula, yo tengo la vela y a llave.

Arrastrada por la vehemencia de su amiga, Julia obedeció sin chistar, temblorosa, pero sin atreverse a resistir. Sin ruido, como dos sombras, las dos subieron por la escalera, y llegaron justo a tiempo para ver cómo el fantasma desaparecía por el borde del techo, como si se hubiera disuelto en el aire. Julia se arrojó al suelo, desesperadamente asustada, pero Sally la hizo poner de pie y la condujo de vuelta a su habitación, diciendo con satisfacción:

-¿Lo soñé? Ahora espero que me crean.

-¿Qué era? Oh, ¿qué puede ser? -sollozó Julia, muy azorada por el espectáculo.

-Empiezo a creer en fantasmas, pues ningún ser humano podría volar así, sin caminar sobre nada. Mañana hablaré con la señorita Orne; ya estoy harta de esta clase de diversión -anunció Sally, mientras se acercaba a la ventana con un fuerte deseo de cerrarla.

Pero se detuvo con la mano levantada, como convertida en piedra, pues mientras hablaba, la figura blanca pasó con lentitud. Julia se zambulló de un solo salto dentro del ropero. En cambio, Sally contuvo el aliento y se asomó para mirar. Con pasos silenciosos, la figura velada recorrió el tejado y se detuvo en el extremo opuesto.

Sin esperar a su compañera, Sally salió en silencio y siguió a la figura, dejando que Julia temblara a la espera de una alarma. No hubo ninguna, y al cabo de unos minutos que parecieron horas, Sally regresó, muy excitada, al parecer, pero severamente silenciosa. A todas las preguntas ansiosas de su amiga, se limitó a responder en tono misterioso

-Lo sé todo, pero no puedo decirlo hasta la mañana... Duérmete.

Creyendo que su amiga estaba ofendida por su deserción durante la crisis, Julia contuvo su curiosidad, pero no tardó en olvidar al quedarse dormida. Sally durmió también, con la sensación de ser un héroe que reposaba tras larga batalla.

A su debido tiempo, estuvo levantada y lista para recibir a sus primeras visitantes, con un aire de triunfo que acalló todas las burlas y convenció a las más escépticas de que por fin tenía algo sensacional para revelarles.

Una vez que las muchachas se encaramaron sobre cualquier mueble disponible, aguardaron con respetuosa ansiedad, mientras Sally se retiraba un momento al pasillo y Julia movía los ojos, con un dedo sobre los labios, con el aire de quien podría decir muchas cosas si quisiera.

Sally regresó algo enrojecida, pero muy seria, y relató con unas cuantas palabras dramáticas

sus aventuras nocturnas, hasta el punto en que dejó a Julia temblando de manera ignominiosa dentro del ropero y, tal como Horacio, fue a enfrentar sola al enemigo.

-Seguí al fantasma hasta que entró por una ventana...

-¿Cuál? -preguntaron a un mismo tiempo cinco voces atemorizadas.

-La última...

-¿La nuestra? -susurró Kitty, pálida como el cuello de su camisón, mientras su compañera de cuarto quedaba horrorizada.

-Cuando se volvió para cerrar la ventana, se le corrió el velo y entonces le vi la cara ... -Sally, que hablaba en un susurro, agregó con súbito sobresalto :

-¡La veo ahora mismo !

Todas saltaron o rodaron de sus puestos, como impulsadas por una corriente eléctrica, y miraron a su alrededor mientras Nelly gritaba, desesperada:

-¿Dónde? Oh, ¿dónde?

-Allí ...

Y Sally señaló la cara más pálida de todas, mientras la suya enrojecía con el regocijo que en vano intentaba contener.

-¿ Cordy ?

Un chillido general de asombro e incredulidad siguió a tal anuncio, mientras Sally reía hasta que las lágrimas le corrieron por las mejillas, ante la muda consternación del inocente fantasma.

En cuanto le prestaron atención, se apresuró a explicar:

-Sí; era Cordy, que caminaba en sueños... Llevaba puesta su bata de franela blanca, y un pañuelo de lana le envolvía la cabeza, y se ejercitaba en el tejado a medianoche para no perder tiempo... No me extraña que por la mañana esté tan cansada, luego de tan peligrosa gimnasia.

-Pero no puede haber desaparecido así del techo sin quebrarse un hueso -objetó Julia con gran alivio, aunque aún desconcertada.

-No voló ni cayó, sino que bajó por la escalera abandonada por los pintores... Si dudan, fíjense en las suelas de sus chinelas y verán la pintura roja del techo. Recordarán que no podíamos abrir las ventanas de la cúpula, pero esta mañana fui a dar un paseo y, al fijarme, vi cómo lo hacía dormida, pese a que jamás se atrevería a hacerlo despierta... Como saben, los sonámbulos hacen cosas terriblemente peligrosas -explicó Sally, como si su experiencia con respecto a esas personas tan particulares hubiera -sido amplia y variada.

-¿Cómo pude hacerlo? Es horrible pensarlo siquiera. ¿Por qué me lo permitiste, Kit? -exclamó Cordy, sin saber si debía enorgullecerse o avergonzarse por su proeza.

-Jamás soñé que harías semejante tontería sin despertarte... Los sonámbulos suelen ser silenciosos. Además, aunque te hubiera visto, me habría llevado tal susto que no te hubiera reconocido. Después de lo sucedido, te ataré al pie de la cama para que no asustes a todo el mundo -respondió Kitty, que consideraba todo aquello como una excelente broma.

-¿Qué hice al entrar? -quiso saber Cordy, curiosa.

-Te quitaste las ropas y te acostaste, como si te alegraras de volver... No me atreví a despertarte, de modo que guardé toda la diversión hasta esta mañana. Pensé reírme un poco sola, puesto que hice sola todo el trabajo -repuso Sally, muy contenta por el éxito de sus esfuerzos.

-La verdad es que deseaba adelgazar lo más posible antes de volver a casa, para que no me fastidien los muchachos. Supongo que eso me excitó y me produjo sonambulismo... Lo siento mucho y no lo volveré a hacer jamás, si puedo evitarlo. Por favor, perdónenme y no se lo digan a nadie más que a la señorita Orne, pues fue una tontería -imploró la pobre Cordy, llorosa.

Todas se lo prometieron, consolándola, y elogiaron a Sally, y se burlaron de Julia, y pasaron

una media hora deliciosamente ruidosa y animada, antes que sonara la campanilla del desayuno.

La señorita Orne se preguntó por qué las niñas estarían tan alegres y reirían con tanta frecuencia, entre misteriosas alusiones y gestos significativos, pero en cuanto fue posible la condujeron a la sala de clase y le contaron el emocionante suceso.

Su interés y sorpresa resultaron muy halagüeños. Cuando el tema quedó bien discutido, prometió impedir más escapadas de esta clase, y aconsejó a Cordy que probara el método Banting para adelgazar, durante las restantes semanas de su estada.

-Probaré cualquier cosa que me ayude a dejar de hacer el fantasma y asustar a todo el mundo -declaró Cordy, mientras se preguntaba, en secreto, cómo no se había desnucado durante su gimnasia nocturna.

-¿Cree usted en fantasmas, señorita Orne? -inquirió Maud, que sí creía, pese a la explicación cómica de aquel fantasma en particular.

-En los antiguos, no, pero existe una clase de fantasma moderno al cual todas, más o menos, tememos -repuso la señorita Orne, con una mirada mitad juguetona, mitad seria.

-Háblenos de ellos, por favor -rogó Kitty, mientras las demás se mostraban, al mismo tiempo, sorprendidas e interesadas.

-Existe uno al cual no deben temer... Persigue principalmente a las mujeres, a quienes impide hacer, ser y pensar todo lo que deberían y podrían. El nombre de este formidable fantasma es "¿Qué dirá la gente?", y hace mucho daño, pues somos pocas las que tenemos el valor de hacer lo debido en todos los aspectos. Pronto partirán a vivir sus vidas en serio, y yo espero que lo que haya podido enseñarles en cuanto al cuidado de sus mentes y sus cuerpos, no sea olvidado ni descuidado porque puede no estar de moda fuera de nuestro pequeño mundo.

-Yo nunca temeré a ese fantasma, señorita Orne -proclamó Sally, pronta para comprender y aceptar el oportuno consejo.

-Tengo mucha fe en ti, querida, puesto que has demostrado tu valor al desafiar a otra clase de fantasmas... Pero éste es difícil de enfrentar y vencer, de modo que vigilen, permanezcan firmes, y que esos jerseys que tanto les gustan cubran, no sólo cuerpos jóvenes y saludables, sino corazones felices, de manera que ambos les ayuden a ser mujeres buenas, sensatas y útiles en los años venideros. Queridas niñas, prometedme esto, y yo sentiré que nuestro invierno no pasó en vano, y que nuestra primavera está colmada con la maravillosa promesa de un espléndido verano.

Al decir esto, con su bello rostro iluminado de esperanza y ternura, la señorita Orne abrió los brazos para reunir a todas y sellar así sus promesas con besos agredecidos, más elocuentes que cualquier palabra.

Mucho después de terminar sus días escolares, las seis muchachas conservaron los jerseys blancos que lucieron en el festival de graduación, como reliquias del Club J. J. Y mucho después de que aquéllos se convirtieran en harapos, ellas recordaron las lecciones que las ayudaron a ser tal como esperaba su buena amiga : saludables, felices y útiles.

FIN